

1990

## En nombre del pueblo peruano & Los que se lucieron

Alfredo Bryce Echenique

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>



Part of the [Fiction Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Modern Literature Commons](#), and the [Poetry Commons](#)

---

### Citas recomendadas

Echenique, Alfredo Bryce (Otoño 1990) "En nombre del pueblo peruano & Los que se lucieron," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 32, Article 18.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss32/18>

This *Notas de la actualidad* is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact [dps@providence.edu](mailto:dps@providence.edu).

## EN NOMBRE DEL PUEBLO PERUANO

Alfredo Bryce Echenique

“Tal vez el único rasgo en común que comparten las principales fuerzas que se disputarán el acceso al gobierno en 1990, sea su voluntad de cambiar al Perú de raíz. La palabra revolución no es ahora exclusiva de la izquierda. De revolución hablan también los principales líderes del FREDEMO, sobre todo los que se adscriben al Movimiento “Libertad” que preside Mario Vargas Llosa”. Con estas palabras presenta la revista peruana *Quehacer* un informe especial titulado *Fredemo, ¿revolución capitalista?* Más adelante, en un artículo titulado “La nueva derecha ¿refundar o refundir al Perú?”, el periodista Sinesio López resume los acontecimientos que, en cuatro años, le han dado un importante vuelco a la política peruana y han convertido a Mario Vargas Llosa en el personaje más importante del escenario político nacional: “Veintiocho de Julio de 1985. El rostro adusto, cansado y envejecido de Fernando Belaúnde era la imagen fiel de la derecha derrotada, desconcertada, agotada y desalojada de Palacio de Gobierno. Agosto de 1989. El rostro sonriente, jovial y altivo de Mario Vargas Llosa anuncia el retorno triunfante de la derecha, recompuesta, unida, renovada y a la ofensiva”.

Dejando de lado “una historia densa, dramática y traumática que no es el caso de contar ahora”, el periodista peruano anota los factores que han permitido un cambio tan radical del panorama político peruano, durante la presidencia de Alan García: “En primer lugar, el fracaso del APRA y del alanismo, y, con él, el desmoronamiento del discurso y de las propuestas populistas que no han podido operar en medio de una crisis brutal. En segundo lugar, el entrapamiento y la crisis de Izquierda Unida, que la han incapacitado para organizar un discurso y un proyecto alternativo a los del populismo en descenso y a los de la modernización conservadora en ascenso y, por supuesto, al polpotismo de Sendero Luminoso. En tercer lugar, el terrorismo de Sendero Luminoso y del MRTA, que ha creado un clima cultural y político conservador de búsqueda del orden, de la tranquilidad, la paz y seguridad. En cuarto lugar, la incursión en la

escena política de una capa intelectual y tecnocrático-neoliberal que ha logrado unificar a la derecha económica y política, poniéndole una máscara modernizadora. Y, finalmente, la crisis global que ha agotado los viejos patrones de acumulación, ha disgregado la sociedad y rearaizado la política, poniéndola en tensión con los anteriores procesos de modernización capitalista, democratización social y de institucionalización política”.

Y lo demás es Mario Vargas Llosa, me atrevería yo a agregar, en mi afán de hacer entrar finalmente en el escenario político peruano a quien no necesita presentación alguna. Todos sabemos que el gran escritor siempre se interesó por la política, que no llegó a caer en la tentación de entrar en el segundo gobierno del “derrotado, desconcertado y agotado” Fernando Belaúnde, y que la rabieta estatizadora de Alan García lo hizo abandonar su escritorio de intelectual comprometido para comprometerse de una vez por todas, en nombre de la libertad y, más tarde, del pueblo peruano, con los sectores empresariales que había estigmatizado en su juventud de comunista rebelde que lee a Sartre pensando en Camus y relee a Camus pensando en Sartre.

Sus amigos y los simpatizantes que más desinteresadamente colaboran con MVLL, se irritan y sufren al ver cómo diariamente este hombre irracionalmente disciplinado y amante del orden, la claridad, la limpieza y la rectitud, se mesa los cabellos al tropezarse con el sucio desorden de la política criolla, siempre lejana de una *real politik* peruana, y que ya intenta repartirse la agotada riqueza de siempre sin reparar siquiera en aquella otra riqueza, nueva, moderna, y competitiva, que el escritor sueña más que imagina para todos los peruanos y con el esfuerzo de cada uno de los peruanos. Por encima de aquella podrida marmita de una politiquería que ha llegado a hartar a un pueblo que pide políticos que no lo sean (y, hasta ahora, MVLL responde bastante bien a esta imagen), él lucha bolivarianamente por un Perú europeo dentro de una América latina sin fronteras.

Admira a Margaret Thatcher y a toda una galería de presidentes norteamericanos que puede ir del Reagan economista al Harding que dijo: “Menos gobierno en los negocios, y más sentido de los negocios en el gobierno”, o al Coolidge que repitió: “El negocio de los Estados Unidos son los negocios”. La honestidad intelectual que rabiosa y honestamente pregona Jean Francois Revel lo ha seducido hasta el extremo de saltarse voluntaristamente algunas advertencias del auto del *Conocimiento inútil*: “No es tal vez sin razón que los dirigentes de los países en vías de desarrollo no piensan más que en el mercado, incluso con un celo de neófitos un poco ingenuo”. Su prestigio internacional lo ha convertido en profeta en un país de desconcertadas gentes y ha conmovido hasta a los inmovibles barones de la industria y de la banca que, mal amenazados pero bien avisados por el caos creado por el Presidente García, han pensado en lo de Churchill, los militares y la guerra, y han concluido que también la política es algo demasiado serio para dejarlo en mano de políticos profesionales. Y así, el sincero amante de la sociedad abierta se ha descubierto poniendo manos a la

obra en compañía, entre otros, pero muy principalmente, de los amantes del Perú como coto privado de caza sin veda, olvidando tal vez que Popper defendía también de estos señores a la sociedad abierta: “Como suele suceder con los oligarcas, los intereses de clase fueron más fuertes que su patriotismo”. Y yo, muy humildemente, añadiría: “Sobre todo en Perú”, por la sencilla razón de que, en mi país, hay que estar ciego o muy dogmático o totalmente amargado para no desearle suerte a un hombre que, metido a político con gran sacrificio y riesgo, ha roto con aquel vicio y defecto tan peruano que otro gran intelectual, González Prada, llamó “el pacto infame de hablar a media voz”.

Vargas Llosa no tiene pelos en la lengua y su diagnóstico de la sociedad peruana parece salido del último y más perfecto scanner norteamericano y japonés, sociedad anónima. Es tan carismático que necesita más de cien guardaespaldas y como que no se diera cuenta y, además, prefiere el trabajo en equipo y afirma, aunque no siempre confirma, que está contra el caudillismo legendario de la política peruana. Tal vez sea demasiado peruano, es lo que pasa. Aunque es sin duda un verdadero patriota que constantemente parece estar repitiendo las valientes palabras de F. Roosevelt en su primer mensaje al Congreso de los EE.UU: “El pueblo de los Estados Unidos ha pedido disciplina y dirección bajo mi jefatura. Será posible que la insólita demanda y la necesidad del quehacer directo exijan la desviación temporal del procedimiento público legal”. Todo esto lo hizo Roosevelt y todos conocemos los buenos resultados de aquellos años. Pero la crisis peruana es tan distinta a la crisis que entonces enfrentó Roosevelt como distinto y muchísimo más complejo es Perú que ese Chile de Pinochet tan admirado por ciertos sectores de una burguesía egoísta y de mentalidad encajonada en Miami, ese Chile de los grandes logros económicos que a mí, al menos, no me explican por qué la mitad de los chilenos sigue pasando hambre. El scanner perfecto de Vargas Llosa no puede olvidar en su sincero y pertinente diagnóstico de la sociedad peruana este diagnóstico de Miguel Espinosa sobre la sociedad norteamericana: “Mas conviene advertir que el suceso de los Estados Unidos no ha sido resultado de la oportunidad política ni obra de un tribuno que aprovechara la ocasión, sino efecto de impulsos originarios e íntimos, nacidos en la propia sociedad y su mundo de virtudes, categorías que jamás brotan ni desaparecen esporádicamente”.

Va a ser muy difícil, para Vargas Llosa o para quien salga elegido, transformar la presidencia en encargo de organización y liberarse de la comunidad misma y su mundo de defectos y privilegios nacionales. Para ello tendrá que renegar diariamente del caudillismo surgido en situación de emergencia, y todos sabemos en ese país lo que las llamadas “fuerzas vivas” suelen exigir, ni siquiera esperar, de un mandato otorgado de esa manera. Y, en caso de ser elegido, Vargas Llosa lo tendrá más difícil que nadie porque él quiere realmente crear bienestar en Perú y eso lo obliga a serle muchísimo más fiel a su scanner de lo que muchos creen y quieren entre sus mismos socios del Fredemo, es decir una Acción Popular (o caudillismo belaudista) y un Partido Popular Cristiano (o

caudillismo bedoyista) que en dos oportunidades co-gobernaron tan tradicional y ciegamente Perú que, en 1985, eran esa derecha que hasta un hoy imposible scanner de fabricación peruana habría dado por muerta. Vargas Llosa impidió que a Belaúnde y Bedoya Reyes los enterraran aún con vida. Ahora le toca impedir que con ellos presentes regrese el pasado porque la emergencia y la crisis que lo obligaron moral y cívicamente a dejar su escritorio son mucho más profundas que el descalabro creado por el egocentrismo sin ton ni son, sin brújula y sin moralidad de Alan García. Está destinado, pues, a experimentar nuevas formas de convivencia en un mundo en el que quieren perdurar eternamente muy viejas formas de conveniencia.

Por ello, sin duda, la revista *Oiga*, más vargasllosista que fredemista, hasta donde entiendo, editorializa así: “Los sectores democráticos deben ser conscientes de que para establecer un régimen fuerte, capaz de cambiar de raíz las estructuras nacionales y hacer del Perú una democracia eficaz y moderna, deben ganar las elecciones por un amplio margen, por mayoría absoluta (...) No será agradable, pero es conveniente a los intereses del Perú que el Frente Democrático gane por amplio margen, que las figuras tradicionales de los partidos se sacrifiquen, dejando los primeros espacios de las listas parlamentarias a hombres que siendo leales — virtud escasísima en política — tengan atractivo para los electores, para esa inmensa mayoría silenciosa que (...) en estos momentos no sintoniza con todos los partidos, con las caras viejas de esos partidos”.

Esta advertencia a los socios de Vargas Llosa en el Fredemo resulta más evidente aún si puntualizamos que fue escrita dos semanas después de la derrota, en los comicios para elegir al alcalde de Lima, de un candidato salido del partido que lidera el ex-presidente Belaúnde y que representaba a todo el Fredemo. Vargas Llosa tuvo que correr a felicitar al ganador y todos tuvieron que olvidar que ese improvisado candidato independiente ya había visitado el Fredemo anteriormente, pero sin éxito entonces en sus propuestas o exigencias. Todo parece indicarnos que la democracia, en el Perú urgente de hoy, no puede permitirse un solo instante de ceguera ni un solo gesto de orgullo o autosuficiencia.

Ya he hablado del scanner de Vargas Llosa. Puesto en funcionamiento, el hombre es su estilo y, para muchos, MVLL es el hombre y el estilo que Perú necesita urgentemente. La demolición de tabúes es una de sus características, dentro de esa categórica estrategia oratoria de romper un pacto infame. Se habla en voz alta y al pan se le llama pan en un país que es el reino del eufemismo. A un animal no se le mata: se le beneficia. Y los harapientos basureros que no pueden limpiar la inmundia Lima no se llaman basureros: se llaman Baja Policía. En cambio, y sólo por dar un ejemplo, la universidad peruana se llama farsa, la farsa de la autonomía universitaria de la que, en infame voz baja, nos hemos alimentado varias décadas. Cae un tabú muy caro a la peor izquierda pero que ni la mejor derecha se atrevía a llamar “desastre”. En Perú, país al que González

Prada, además de “pacto infame a media voz” calificó de llaga (“Donde se pone el dedo sale la pus”), ignorar nos encanta, sobre todo si se trata, como dice Revel, de ignorar el pasado para lograr así la falsificación del presente, poniendo en marcha el tabú engeguecedor o la verdad siempre escamoteada.

Desde un punto de vista político, a veces Vargas Llosa es incluso torpemente sincero y parece ir contra los intereses de su propia agrupación. Me hace recordar a Stendhal cuando afirma: “En todos los partidos, cuanto más inteligente y culto es un hombre menos del partido es”. Si puede inquietar, cuando nombre por primera vez el desastre de la autonomía universitaria, también puede seducir cuando en seguida la analiza con la serenidad y profundidad de un Raymond Aron en Francia. Pero, ¿negar en plena campaña todo consenso con la izquierda en un país en el que importantes líderes de izquierda han condenado el terrorismo y el narcotráfico sin que a nadie le quepa la menor duda de su sinceridad? Hace feliz a muchos, sin duda alguna, cuando anuncia entre sus primeras medidas, si alcanza la presidencia, un juicio de residencia a Alan García, pero ¿y toda la corrupta clase política que viene de antes y de durante el mandato del actual presidente?

Más ese toque de impaciencia que, a veces, lo hace “pisar el palito”, según el dicho peruano: No oculta su economía de shock y los durísimos sacrificios que le acarrearán al hambreado pueblo peruano. Pero también asegura que la ayuda internacional y algunas medidas inteligentes son la única manera de evitar que la realidad imponga su propio shock y se desemboque en la barbarie. De pronto, sin embargo, Alan García suelta en una conferencia de prensa que, de llegar al poder, Vargas Llosa reducirá el aparato estatal eliminando 500 mil empleados de la administración pública (que tienen familias y votan, claro). Hace año y medio, según la revista *Posible*, en Perú había ya unos 630 mil burócratas y el actual gobierno tenía ya, comparado con anteriores gobiernos, el más alto porcentaje en la contratación de esa empleocracia que habría hecho de Kafka un mero costumbrista. Como quiera que sea, Alan García corre y baila de felicidad con su anuncio de un apocalipsis derecho-vargasllosiano, y el sereno candidato monta en cólera y hasta desafia con renunciar (por segunda vez) a su candidatura si alguien prueba que alguna vez haya dicho semejante despropósito. El origen de su cólera puede ser muy sincero, pero ha pisado el palito de la pícaro y corrompida politiquería peruana. Y ha actuado como un político de los de siempre.

Tengo conmigo muchas entrevistas concedidas por Vargas Llosa: un suplemento especial del diario *Expreso* de Lima, el Suplemento cultural de *La Nación* de Buenos Aires, etc. Y tengo también conmigo muchas cartas de intelectuales peruanos que, desgarrados por mil tabúes o por una suerte de esquizofrenia, empiezan sus cartas maldiciendo a Vargas Llosa y terminan bendiciéndolo. Puede ser también un sincero amor por Perú ese desearle finalmente suerte al escritor de ayer y al político de hoy. Él, en cambio, no vacila al condenar a esas élites culturales que se “arrogan el derecho de hablar en

nombre del pueblo peruano". También él creyó alguna vez en la cultura estatista, nacionalista, socialista. Hoy le repugna todo eso y se alegra de que también le repugne al pueblo peruano. Y se alegra también tanto de Gorbachov y de **todo eso**.

Creo que se me entiende cuando subrayo **todo eso**. Hace poco, leí un artículo de José Luis de Vilallonga en el que expresaba su temor de que los Estados Unidos traicionaran a Gorbachov. Sería absurdo y sería bárbaro, claro. Y anti histórico. Trasladémonos ahora a Perú, sólo para señalar que allá existe toda una determinada clase de gente (por no hablar de una gente de determinada clase), que piensa que hasta volar en Aeroflot es pecado de lesa majestad Bush y que Gorbachov, sólo por su apellido de resentido social ruso-indio peruano, es tan bruto como el propio Bush visto por un comunista prosoviético peruano. Es gente que ignora con gran placer y peligro que Vargas Llosa cita a Popper a menudo (se saltan esos párrafos o son malos entendedores y esas palabras son muchas para ellos, por consiguiente), que ignora también que el gran pensador inglés justifica la crítica moral de Marx a un capitalismo de su tiempo que en Perú muy bien puede ser de nuestro tiempo, y que después de sacar a Marx de su pedestal de científico irracional e historicista conservó en su corazón el amor a la justicia, al sentido de la responsabilidad, la fe en un porvenir menos inhumano, la solidaridad, y todas esas boberías de los intelectuales sensibles que Vargas Llosa tiene que haber olvidado, pero que Vargas Llosa no puede haber olvidado si quiere emplear con toda sinceridad la palabra revolución y acusar a sus rivales de izquierda de ser ahora los reaccionarios que pretenden mantener un status quo y oponerse de veras a la forja de una sociedad abierta, peruana, y en voz alta.